

reflexiones sobre el pecado en el Antiguo Testamento

José María Abrego

Dios es alguien cercano a la historia del hombre. Esta afirmación tal vez resulte evidente para una mentalidad judeo-cristiana, pero comparada con otras religiones contemporáneas es una característica específica del Dios del AT. Dios no es en el AT la simple figura de quien desde el Olympo puede hacer que determinados avatares humanos se resuelvan de una manera u otra (sequía, guerra, fecundidad . . .), sino quien está en medio de su pueblo construyendo con sus fieles la historia (2 Sam 7,6-11). De tal manera que la historia de ese pueblo tiene sentido en sí misma: ellos nos han legado una de las primeras historiografías conocidas; son uno de los primeros pueblo que nos han contado su historia como mensaje. Más aún, la historia que nos han legado no es una fría sucesión de fechas, nombres y datos más o menos bélicos. La Historia del pueblo del AT, tal y como él la cuenta, es precisamente la historia de su relación con Dios. De modo que su historia se construye en la confluencia de dos libertades: la divina y la humana.

Aspecto concreto y esencial de dicha confluencia lo constituye la dinámica del pecado y el perdón. Sobre él desearía reflexionar brevemente.

Presentación del problema

No resulta claro determinar en qué consiste el pecado. Es un hecho que su realidad va calando progresivamente en nuestra conciencia, junto con la edad (Jn 8,9). Sin embargo, nos surgen dudas de vez en cuando: ¿no tenemos una idea legalista de la "transgresión"? ¿Se trata de algo meramente psicológico? ¿Se confunde, acaso, con el desencanto de los ideales juveniles? O más teológicamente, ¿qué tiene que ver mi pecado con la

muerte de Cristo, qué le importa a Dios que yo haga esto o lo otro? El problema lo vivimos más agudamente cuando tenemos que acompañar a otros en ese camino y, sobre todo, cuando se nos pide alguna explicación.

Creo poder expresar en pocas palabras la sustancia de lo que deseo comunicar. Se trata de una intuición, todavía no formulada con exactitud, pero que podría ser más o menos ésta: *El pecado (del hombre y de la humanidad) no consiste en una acción opuesta al bien; se trata más bien de la capacidad actualizada de convertir el bien en mal, de destruir el plan de Dios.*

Esta formulación puede que no resulte demasiado llamativa tras los esfuerzos realizados en los últimos años por liberar nuestra mentalidad de una "moralidad de actos" y adaptarla a una "moralidad de actitudes". Pero pretendo decir algo más que una mera oposición moralidad de actos/moralidad de actitudes. Más aún, no quisiera tratar el pecado en su vertiente moral, ni entrar en el problema de la imputabilidad del pecado. Intento tratar el pecado desde su punto de vista teológico, no moral. Quiero decir que el pecado no es —al menos no es sólo— comer de un árbol prohibido por Dios, sino perder el paraíso por desobediencia; pecado no es tanto adorar una figura de oro con forma de becerro, sino destruir la alianza con Dios mediante la idolatría . . . El pecado consiste en recibir el don de Dios y deshacerlo; en el NT es recibir al Hijo de Dios y matarlo en Cruz, es decir, intentar destruir —en cuanto podemos— a Dios mismo.

Es posible que alguien proponga distinguir entre el pecado y sus consecuencias. Tal vez tenga razón. Pecado es comer del árbol prohibido y su consecuencia sería la pérdida del paraíso. No lo discuto de momento. Sólo pretendo resaltar el otro modo de ver las cosas: el hecho es que el hombre ha perdido su posición paradisiaca y, buscando las razones, afirma que la culpa es suya, confiesa su pecado, para explicar el cual utiliza la imagen del árbol prohibido, como podía haber utilizado cualquier otra de su entorno cultural.

Voy a proponer mi formulación anterior con otras palabras a las que no estamos tan acostumbrados: *el don de Dios funciona siempre a la segunda y, además, es recibido como promesa.* Esta formulación admite, por un lado, la gratuidad del don divino y, por otro, la radical libertad del hombre para aceptarlo como tal o destruirlo. El original "seréis como dioses" se manifiesta primeramente en la capacidad de rechazar el don o de destruir la

obra de Dios. Pero la Palabra creacional de Dios no puede quedar vacía ni estéril; por lo que su omnipotencia se manifiesta en la recreación del *mismo* don; con un modo de presencia más admirable, es verdad, pero el mismo don. Se trata de la realización continua en la historia del misterio Pascual de Cristo, centro de la misma.

Este es en sustancia el contenido. Sólo queda desarrollarlo y, previamente, solventar una serie de dificultades.

Dificultades

1. En primer lugar, es innegable la existencia en el AT de una mentalidad "legalista" del pecado. No en vano, una parte importante del mismo recibe el nombre de TORAH (= Ley). Pero esta concepción del pecado es fácilmente conjugable con la que presentamos: la "memoria social" de la comunidad creyente va marcando a los descendientes los jalones del camino, más allá de los cuales la experiencia enseña que se deshace el don de Dios (= se peca). El problema nace con la esclerotización o la adoración de la ley.

2. Más problemática resulta la constatación de innumerables pasajes bíblicos en donde el pecado se presenta como oposición al bien, un acto o un camino por el que se opta libremente ante una extensa gama de posibilidades. Es decir, según muchos textos el hombre puede elegir entre hacer el bien obrando de una manera o ejecutar el mal obrando de otra manera, al menos diferente. Cito algunos de estos ejemplos:

Dt 30,15-18 "Mira, hoy te pongo delante la vida y el bien, la muerte y el mal. Si obedeces . . . , vivirás y crecerás . . . Pero si tu corazón se aparte y no obedece . . . , morirás sin remedio".

Am 5,14-15 "Buscad el bien y no el mal y viviréis, y estará realmente con vosotros, como decís, el Señor, Dios de los ejércitos. Odiad el mal, amad el bien . . . a ver si se apiada el Señor, Dios de los ejércitos".

Este es un dato incontrovertible. Con todo, sospecho que a esta mentalidad le atribuimos más valor del que realmente tiene, porque en muchas capas de nuestro subconsciente colectivo sigue todavía vigente una moralidad de actos, bien sea como subrayado clarificador o como muro a abatir. Ahora bien, esta mentalidad no es la que permite leer el desarrollo de la historia (del pueblo o del individuo) como historia de salvación. Y cuando con ella se intenta estructurar la historia, como es el caso de la historiografía

deuteronomísta (Jos, Jue, Sam, Re), debemos hacer un esfuerzo para entenderla bien, pues se trata de una formulación “simplificada y clarificadora” de una realidad teológica mucho más amplia y profunda. Tomada al pie de la letra, tal formulación es hoy —como lo fue probablemente para Jeremías— inadmisibile. Y no le hacemos justicia, si la sacamos de su contexto teológico del que luego hablaremos.

Permitidme un ejemplo para explicar qué entiendo por formulación “simplificada y clarificadora”. Imaginad que a finales del siglo pasado se hubiera presentado a la opinión pública un hombre con la siguiente oferta: “Yo soy capaz de construir una máquina que podrá trasladar personas velozmente a largas distancias, así como pesos enormes. Esta máquina mejorará el tenor de vida y el grado de libertad del individuo en una medida hoy inimaginable. Sólo hay un precio que pagar: la máquina exigirá cada año varios miles de vidas humanas”. Podemos imaginar con qué indignación rechazaría inmediatamente la sociedad semejante propuesta. Sin embargo, el coche se construyó y sigue abarrotando el mercado. Esta es una formulación simplificada y clarificadora de un aspecto de la realidad social del automóvil, que es mucho más amplia y compleja. Simplifica la problemática y clarifica un aspecto, como puede ser la absurda gratuidad de tantos accidentes.

La vida, la realidad, no se deja reducir a una fórmula clara y tajante, a la que haya de responderse sí o no. Todo es más complejo y menos claro. Cada uno de los actos del hombre (como construir un coche), tomado de modo aislado, difícilmente es bueno o malo. Esto es evidente en el caso de la pólvora, la energía atómica o el rayo láser. Pero también deseo afirmar que la bondad o malicia de estos actos o de estas invenciones no depende *sólo* de la intencionalidad del individuo que las emplea. Repito que no quisiera reducir el pecado a cuestión moral, ni introducirme en cuestiones de imputabilidad personal. Intento leer en el AT que el pecado se presenta no como una posibilidad de obrar contraria al bien (construir un coche, o dejar de hacerlo), sino como la capacidad de destruir el plan de Dios (el coche, que es algo bueno, un don, en nuestras manos es mortal, mata al hombre). El pecado destruye el plan de Dios.

Sospecho que esto lo podemos aceptar teóricamente sin ningún problema quienes con arduos esfuerzos hemos aceptado la bondad original del llamado “progreso” (*¿=industrialización?*) y ahora nos encontramos estupefactos ante los males ecológicos, sociales y morales que nos acarrea. *¿Presenta así al pecado el AT?* Eso es lo que afirmo, al menos en las narraciones

históricas, en aquellas que articulan la llamada “historia de la salvación”. Con una aclaración en la que no me extenderé: el pecado rompe el don de Dios desde el principio mismo del don, es decir, en cuanto el hombre se lo apropia; como si pretendiera presentar el pecado original de toda realidad buena. La única solución posible está en que Dios rehaga el don, cargándolo de promesa, de modo que el acento se ponga en la realización futura o en la colaboración humana necesaria para la efectividad del mismo (equivalente, quizás, a la aceptación de la gratuidad del don).

Paradigmas de pecado en el Antiguo Testamento

Ahora me toca mostrar que lo que digo es real en el AT. Y lo primero que me pregunto es: ¿cuáles son los grandes prototipos de pecado en el AT? Vamos a ir recorriendo los más importantes en sus diferentes etapas históricas o literarias.

a) El pecado en los 11 primeros capítulos del Génesis

Es posible que al recordar por encima los 11 primeros capítulos del libro del Génesis hayamos tenido la impresión de que eran una narración continua de la historia de la humanidad; historia salpicada de pecados y castigos, pero historia completa al fin y al cabo. Sin embargo, hasta llegar a Abrán (y con él al pueblo) se dibujan únicamente 3 escenas sueltas. Todas ellas contadas con ayuda de las cosmogonías babilónicas tradicionales: la creación y el pecado inicial (Gn 1,1-4,26), el diluvio como castigo de la mezcla dioses-hombres (Gn 6,1-9,29), y la torre de Babel (Gn 11,1-9) como explicación de la confusión provocada por el orgullo (Westermann añade como pecado el de Canaán, que le acarrea la maldición de su padre Noé (9,18-29)). Los cps. 5, 10 y la segunda mitad del 11 son esquemas genealógicos de 10 generaciones que empalman Adán con Abraham (en total 2 grupos de 10 generaciones cada uno, por lo tanto, esquemáticos).

El primer pecado, quizás el que mejor conocemos, es el de Adán y Eva, originado por querer ser iguales a Dios, como dice la serpiente. Este pecado rompe el plan creacional de Dios. ¿Qué es eso? Significa el final del paraíso previsto; las buenas relaciones de la pareja (“carne de mi carne y hueso de mis huesos” Gn 2,23) se convierten en relaciones de dominio (Gn 3,16); el natural cultivo del campo (Gn 2,5) se convierte en insufrible (Gn 3,17-18); la capacidad de dar vida, en dolores de parto; el mismo hombre, cabeza de la creación, muere. Es verdad que Adán (=hombre) no puede morir inmediatamente, pues no podríamos seguir la narración, pero se le condena

a volver al polvo (Gn 3,19) y a matar —por cierto, no sólo serpientes— como demostrará Caín a continuación. La muerte de Abel tiene un sentido muy hondo: es la destrucción del culmen de la creación, el hombre, a manos del hermano.

También el diluvio se origina en un pecado: “Al ver el Señor que en la tierra crecía la maldad del hombre y que toda su actitud era siempre perversa, se arrepintió de haber creado al hombre en la tierra y le pesó de corazón, y dijo: Borrará de la superficie de la tierra al hombre que he creado” (6,5-7). A falta de un pecado colectivo de mayor vistosidad, J echa mano de las leyendas de gigantes, mezcla de dioses y hombres (6,1-2.4). Consecuencia del pecado es la muerte de “todo viviente, pues por su culpa la tierra está llena de crímenes” (6,13); es el final de la creación. De ésta dice la fuente sacerdotal: “y vió Dios que toda la tierra estaba corrompida” (6,11), de su afirmación anterior (Gn 1,31): “y vió Dios todo lo que había hecho; y era muy bueno”. Por eso unió las aguas que había separado: “Reventaron las fuentes del océano y se abrieron las compuertas del cielo” (7,10-11) hasta que después de subir el agua más de siete metros sobre las montañas (7,20) se cerraron las fuentes del océano y las compuertas del cielo (8,2). Repito, se trataba de borrar de la superficie de la tierra al hombre (6,5) y a todo lo creado (7,4).

Más escueto es el tercer episodio. La torre, construída para alcanzar el cielo, conseguir fama y asegurar la unidad (original, según 11,1), fue la causa de la confusión de lenguas y de la dispersión, males no previstos en el designio inicial de Dios.

Así pues, cada vez que el hombre se olvida de Dios, desobedece a Dios, se mezcla con dioses, etc., en una palabra, cada vez que se cree Dios y no creatura, se destruye el auténtico plan de Dios y en concreto el culmen del don creacional del que ahora tratamos: el hombre. La sangre del hombre clama al cielo desde el principio, pero no sólo a nivel individual: Abel es el hermano muerto, porque Adán no puede morir entonces; pero luego mueren la humanidad (excepto Noé) y muere la unidad de los pueblos.

Digo muere, y lo digo muy deprisa, porque aquí hay una tensión que no es simplemente la disyuntiva: vida-muerte. En nuestra experiencia es fácil captar que el hombre vive muriendo y muere dando vida. ¿Cómo lo expresa esto el AT? ¿Es el pecado del hombre —y su consiguiente destrucción— más fuerte que la palabra creadora de Dios? No. Y aquí está el problema

de Dios que intenta solucionar el hagiógrafo. El hombre merece la muerte, porque libremente la ha elegido. Y Dios se encuentra entre la disyuntiva de no respetar esa libertad, con lo que todo sería un juego, o ejecutar (dar vía libre a) el castigo y dejar en el vacío su palabra inicial. No puede admitir ninguna de las dos. Por eso, el perdón llevará hasta el final la sentencia del pecado, pero ofrecerá en esa ejecución la nueva salvación. Es clara la promesa a Adán e incluso la protección divina a Caín; es obvio el sentido de la figura de Noé (no sólo la promesa que él recibe) como padre de la humanidad y socio de una alianza universal. Y la torre de Babel, ¿qué esperanza de salvación encierra? Ahí hace su entrada Abrán y el pueblo hebreo: es la esperanza de salvación de todas las naciones dispersas por el mundo como fruto del pecado: en él serán benditas, conseguirán la unión y se llevará a término el plan de Dios. Creo que ésta es la fuerza del pecado (y del perdón) en los relatos creacionales de los 11 primeros capítulos del Génesis. Y aún no estamos más que en la Proto-historia o historia inicial.

b) El pecado (y el perdón) en el resto del Génesis (Hta. de los Patriarcas)

En el resto del libro del Génesis no hay probablemente narraciones paradigmáticas de pecado. Pero sí hay un motor de toda la narración: la doble promesa de Dios a Abrán: descendencia numerosa y tierra. La narración se limita a narrar las dificultades de realización de esta promesa. Cuando el hijo es uno, el sacrificio que se exige no es fruto del pecado, sino prueba de fe. Superada ésta, comienzan las dificultades serias entre hermanos, que culminan con la muerte legal de José (Gn 37,35). Entre tanto, los peligros de muerte son innumerables. Esto respecto a la descendencia. Otro tanto se puede decir del segundo polo de la promesa. Abraham, que tuvo que abandonar el país prometido para separarse de Lot, sólo consiguió el terreno indispensable para enterrar a su mujer (Gn 23). Jacob tuvo que vivir muchos años en casa de su suegro Labán, para escapar de la ira de su hermano (Gn 27,43); al volver, la duda era grande; a causa del hambre toda la familia acabó en Egipto. Pues, cuando todo parecía perdido, Dios salva la situación precisamente a través del hermano muerto, de José. Interesante resulta la confesión de José en Gn 50,20: "Vosotros intentasteis hacerme mal, pero Dios intentaba hacer bien". También aquí los pecados, sobre todo contra la fraternidad, intentan destruir la realización de la promesa divina, de su plan. Pero el plan de Dios es más grande que el pecado.

Conviene tener en cuenta que en todos estos casos no sólo se trata de personas más o menos importantes, sino que tras ellos (como patronímicos) se esconden todos aquellos pueblos vecinos con quienes los hebreos mantu-

vieron continuas luchas por la subsistencia y por la tierra. Ahí sí estaba en juego la supervivencia del pueblo que era la salvación de todos. Que el pecado concreto fuera el engaño, la mentira, el odio, la envidia, etc. es secundario. Lo primordial es que las faltas contra la fraternidad ponen en peligro la realización de la promesa.

c) El pecado desde el Exodo hasta la tierra

No me detendré en todas las dificultades que puso el pueblo hebreo para salir de Egipto o los deseos de volver que experimentó en el desierto. Estas dificultades no son recordadas como un pecado cometido; desarrollan más bien la tradición de tentaciones, bajo las que habría sucumbido el pueblo, de no contar con la figura poco común de Moisés. Tampoco me paro en los ejemplos de transgresión del Decálogo (Baal Fegor contra el primer mandamiento en Nm 25,1; Lv 24,10 contra el Nombre y Nm 15,32-36 contra la ley del Sábado). Como narración paradigmática de pecado sí hay que citar la del becerro (o toro) de oro, tal y como se cuenta en Ex 32, y que exigió a Moisés emplearse a fondo en su función intercesora.

Lo primero que me gustaría decir es que el origen del becerro puede provenir del culto de Betel (y Dan), como se dice en 1 Re 12,26; sería un culto yahvista ("Este es tu Dios, Israel, el que te sacó de Egipto" Ex 32,4.8; 1 Re 12,28), y es de fundación aarónica. Dicha imagen era simplemente representación del "trono" del Dios invisible, como el Arca. Posiblemente se contaminó su culto por influjo de otras religiones de fertilidad, pues la imagen del toro ha presentado esas connotaciones en Egipto, Mesopotamia y en Canaán. Luego desapareció, pero quedó como imagen de la idolatría, del abandono de Yhwh, olvidándose por completo todo su ritual (desconocido en Dt 9,26ss). Se ha hecho de ella la imagen del pecado en el desierto y el baremo del pecado de los reyes de Israel (1 Re 12; 2 Re 10,29; 17,16; 2 Cr 11,15; 13,8; Neh 9,18; Sal 106,19; Os 8,5-6; 10,5; 13,2).

Pues bien, ¿qué significa esta imagen del pecado del pueblo? ¿Qué consecuencias acarrea? Creo que es clarificadora su localización literaria: Ex 32-34 es una cuña en el cuerpo legal sacerdotal. ¿Cuál es la estructura de esta sección? Nada más salir de Egipto (Ex 1-15) y superadas las primeras pruebas del desierto (Ex 16-18), nos encontramos en el Sinaí (Ex 19). De ahí no se moverá el pueblo hasta que, una vez rememoradas las pruebas del desierto en Nm 10, se pongan en camino hacia Canaán en Nm 13. En el Sinaí Moisés sube al monte (Ex 19); allí recibe las estipulaciones del pacto (Decálogo de Ex 20,1-21 y el Código de la Alianza Ex 20,22-23,33). En el

cap. 24 se cuenta el rito de la Alianza, una vez puestas por escrito todas las palabras del Señor (= mandamientos). Aprovechando la estancia durante 40 días de Moisés en el monte (Ex 24,18) se añaden las prescripciones rituales del código sacerdotal (Ex 25-31). La escena del becerro de oro supone el descenso de Moisés del monte y la subsiguiente ruptura de las tablas de la alianza, justo en el momento en que se habían esculpido. De modo que nos encontramos a Israel rompiendo la alianza en el momento en que la ha recibido. Y pocos dones habrá mayores para el pueblo hebreo. Esto no es un agravante del pecado, sino el pecado mismo. ¡La alianza funcionará a la segunda! La consecuencia de ese pecado es la destrucción del pueblo de la alianza: “Déjame: mi ira se va a encender contra ellos hasta consumirlos” (Ex 32,10). Sólo la fuerza intercesora de Moisés logrará reducir la muerte del pueblo a unos 3.000 que ejecutaron los levitas (Ex 32,28). En Ex 34 las nuevas tablas con el nuevo decálogo concluyen la alianza renovada.

d) El pecado en la historiografía deuteronomista (Josué a Reyes)

Los pecados en la tierra son los más importantes, históricamente hablando. Todos están teñidos de teología deuteronomista. Podríamos enumerar múltiples narraciones de pecado, que van marcando las distintas etapas: el sacrilegio de Acán (Jos 7), el supuesto pecado de las tribus transjordanicas (Jos 22,11), las rencillas entre tribus y la falta de ayuda, de la que hay múltiples indicios (Jos 8,1-3; 12,1-6), la emigración de Dan (Jue 17-18) o el crimen de Gibeá (Jue 19-20), etc. Y, por supuesto, el deseo de tener un rey como los demás pueblos (1 Sm 8-12). Podríamos seguir con el pecado de Saul, de David, de Salomón, de sus hijos Roboam y Jeroboam. Pero el Deuteronomista (Dtr.) compendia todo tipo de pecado en unos “discursos” y “resúmenes” que elabora (Jos 1. 12. 23; Jue 2,11ss; 1 Sm 12; 1 Re 8 . . .). En ellos habla de no escuchar, no hacer caso, irse tras otros dioses, abandonar a Dios o rebelarse. En su teología aparecen con mayor frecuencia esos textos que hacen mayor dificultad a primera vista con nuestra formulación inicial. Veamos qué pretende realmente y cómo lo hace.

El Dtr. escribe en fechas cercanas al destierro (cuando hace un siglo que ha desaparecido el reino del Norte) o durante el mismo. Tiene una labor teológica clara: explicar el desastre histórico de su pueblo. Cualquier otro pueblo habría achacado su fracaso a la debilidad de su dios: los dioses de Asiria y Babilonia se han mostrado más fuertes que Yhwh. Sin embargo, no lo duda y echa la culpa del desastre al pecado. Los pecados concretos son anecdóticos; su valor teológico es haber roto el plan de Dios (la tierra

se ha perdido, dirá él, porque el pueblo la ha “contaminado”). Así se ha deshecho el pueblo de la alianza. Tuvo dos consecuencias fundamentales:

a) Antes de la monarquía el pecado consigue que no todos los pueblos sean desalojados de Canaán (Jos 21,44–45; 23,13; Jue 2,21). Algunos quedan allí como recuerdo de su maldad y como banco de pruebas (= tentación) de la fidelidad del pueblo. Es decir, según el Dtr., el pecado ha conseguido reducir el cumplimiento de la promesa divina sobre la tierra: no ha logrado expulsar a todos ... y la contaminación con esos pueblos será causa de la caída. Además, el Dtr. no perderá ocasión de presentarnos la historia del pueblo como una sucesión ininterrumpida de salvación y pecado, don de Dios y pérdida o destrucción de dicho don. El ejemplo más clásico es el llamado “tiempo de los jueces”, resumido y concentrado en Jue 2,11–23.

b) Pero, para el teólogo Dtr., lo que el pecado ha conseguido, sobre todo, ha sido la pérdida de la tierra, el destierro. Y el rey es el responsable final de la desaparición de los dos reinos. Toda la historia dtr., y es larga, se entretiene en mostrar cómo los reyes alejaron al pueblo del camino recto, de la obediencia al Señor Dios. Más aún, desde el comienzo la monarquía encierra pecado. Detengámonos un momento: El Dtr. conoce el gran don que la monarquía suponía: recoge sin pudor en 2 Sm 7 el relato de la promesa de Dios a David (y eso que dicha tradición va contra su tesis sobre la culpabilidad del rey). ¿Cómo es posible que ese regalo sea el causante de la desgracia? Sí, porque desde el comienzo ese don ha sido destruido por el pecado: del pueblo y del propio rey. Fijémonos en primer lugar que la promesa de Dios es a David, el segundo rey; el primero, Saul, ha sido rechazado. El don ha funcionado realmente a la segunda. Más aún, el Dtr. aprovecha todas las tradiciones antimonárquicas, que reflejan la oposición histórica a la concepción cananea de la monarquía de carácter absolutista para hacernos comprender el pecado original de semejante gracia. Esto, retroproyectado históricamente al comienzo, se convierte en una petición de rey “para ser como los demás pueblos”, en una rebelión contra el gobierno del Señor. El “fuero del rey”, o sea, lo que la monarquía ha alcanzado de despotismo cananeo en la historia, debería haberles retenido de semejante insolencia.

Resumiendo. Para explicar la pérdida de la tierra y de la identidad del pueblo el Dtr aporta una doble razón: la presencia de “otros pueblos” y la existencia de la monarquía contaminada. Ambas caras de esta moneda con la que se vende la tierra prometida son consecuencia de una rebelión

original que deshace el plan de Dios. Esta realidad se proyecta al comienzo de la historia de forma condicional: si se hace bien, todo irá bien y “vivirás muchos años en la tierra”; si se hace mal . . . acabará mal.

e) *El pecado en los profetas escritores*

No podemos detenernos demasiado en este punto. Sería interminable la cantidad de textos que podríamos aducir para presentar la concepción profética del pecado. Habrá que resumir.

Cada profeta pronunció su mensaje en una época determinada y con un trasfondo teológico específico. Sin embargo, algo tienen en común: para todos ellos el pecado ha conducido al pueblo a una situación final, es decir, tan irremediable que supone la destrucción del pueblo mismo (léase guerra, destierro, muerte, etc.).

¿Por qué? El pueblo no tiene sentido, no existe, sino desde el don de Dios. Este será la Elección, la Alianza, la Ley, el Exodo, etc. y este don lo constituye en pueblo elegido, el pueblo de la Alianza, del Exodo, etc. Como el pecado deshace el don, deshace al pueblo. La lógica es aplastante. Cada uno de los profetas lo anuncia desde su propia teología. Para AMOS se trata del “pueblo elegido en el Exodo”; su pecado hará que sea juzgado (3,2) entre los demás pueblos. OSEAS es de los más duros y conmovedores, cuando denuncia que el amor se ha prostituido y les anuncia el repudio. A ISAIAS le resulta insufrible la falta de confianza y la incapacidad de sus coetáneos para descubrir la mano de Dios en la historia. MIQUEAS, sacudiendo las falsas seguridades, alentará la esperanza. JEREMIAS ve desmoronarse todo, el templo, la justicia, la paz, la libertad, la verdad y se rebela contra su pueblo y contra su Dios. El pecado ha conducido a esta situación final, negando el don de Dios.

No me resisto a la tentación de citar algunos textos que reflejan precisamente esta destrucción del don de Dios:

“¡Ay de los que convierten la justicia en acíbar!” (Am 5,7);

“¡Cómo se ha vuelto ramera la Villa-fiel!” (Is 1,21);

“¡Espantaos, cielos, de ello, horrorizaos y pasmaos! Porque dos maldades ha cometido mi pueblo: me abandonaron a mí, fuente de agua viva, y se cavaron aljibes, aljibes agrietados que no contienen el agua” (Jr 2,13);

“Yo te planté vid selecta de plantas legítimas, y tú te volviste espino, cepa borde” (Jr 2,21).

La imagen de la viña degenerada (Is 5) o la historia de favores no atendidos y destruidos (Ez 16, Am 2,9-12) son recursos habituales en los profetas, así como las imágenes de las repercusiones cósmicas o externas del pecado (Is 1,2-9; 5,20; Jr 4,23-28; 5,25ss; 12,4; 14,1-6) y las imágenes de guerra total. (Se podrían añadir Am 2,11-12; Os 4,1-4; Is 1,3-4; Jer 2,17; 2,31-32; 4,22-26; Is 43,22; 45,24; 50,1-3)

Es evidente que el punto central de la predicción profética ha sido la degradación de la "heredad" de Dios hasta el punto de jugarse la propia existencia. Suena terrible, pero este mensaje tiene su contrapartida. Los profetas fueron los únicos capaces de expresar la esperanza en términos de "novedad". El pueblo debía el regalo de su existencia sólo a Dios. Si entre todos lo habían roto, quedaba intacto quien podía recomenzar. Por eso, sólo los profetas podían anunciar un nuevo pueblo, nueva alianza, nuevo Exodo, nueva creación. Impresionantes son algunos textos de profetas que conocieron el desastre "total" del destierro:

- Jer 16,14-15 "Llegarán días en que ya no se dirá: 'Vive el Señor, que sacó a los israelitas de Egipto', sino más bien: 'Vive el Señor, que nos sacó del país del Norte' ...".
- Is 43,18-19 "No recordéis lo de antaño, no penséis en lo antiguo; mirad que realizo algo nuevo; ya está brotando ¿no lo notáis?"
- Is 48, 6-7 "Y ahora te predigo algo nuevo, secretos que no conoces; ahora son creados, y no antes, ni de antaño los oíste ..." (cfr. 49,20).
- Jer 31,31 "Mirad que llegan días en que haré una alianza nueva con Israel."

Conclusión

Es la hora de resumir lo dicho. En primer lugar hay que dejar constancia de que efectivamente en el AT existe esa comprensión del pecado como destrucción del plan de Dios. Y no se trata sólo de encontrar aquello que se busca. En realidad hemos seguido en la exposición el camino inverso al usado en la investigación. La intención previa fue la de buscar cuál era la mentalidad bíblica del pecado. Para ello había dos datos inolvidables: el pecado, por una parte, es una realidad tangible, palpable, es decir, histórica (= no meramente "espiritual", ni meramente "individual"); y, al mismo tiempo, debía hacerse justicia a su aspecto teologal, es decir, a que el pecado tiene algo que ver con Dios.

Urgando en el AT con estas dos premisas se encuentra uno con esta concepción del pecado en la que, por una parte, se subraya el aspecto gratuito de todo don e incluso de la existencia y, por otra parte, se respeta la libertad del hombre hasta tal punto que se le contrapone (o compara) a la Omnipotencia divina. Claro que la libertad no se pone tanto en el hacer, cuanto en el talante; no es decisión de "hacer" esto o aquello (dificilmente catalogable de antemano como bueno o malo), sino decisión de "recibir" la totalidad gratuitamente, de hacer la historia desde el don de la existencia.

En segundo lugar quisiera subrayar la "utilidad" de esta concepción del pecado para la comprensión del NT y especialmente del acontecimiento Cristo. Su muerte no es sólo fruto de un juego de pasiones desbocadas y malignas, de envidias, apegos y defensa de falsas seguridades (que evidentemente juegan un papel en su muerte). Pero el sentido último está en el intento por parte del hombre de destruir al mismo Dios, a su constante presencia en la historia humana. Dios mismo es el último don y la razón última de toda gracia histórica. La destrucción de Dios conlleva la muerte del hombre, del "primogénito de toda criatura". Pero aunque esa destrucción sea respetada por Dios hasta el final, o precisamente porque la respeta hasta el final, es posible experimentar la novedad de su presencia. El hombre está indefectiblemente llamado a construir su historia con Dios y junto a El. De El recibe su ser y en El se cifra su meta y esperanza.

José M. Abrego